

0003J Olorcillo a jazmín

Es el último día. Allá en la casa, donde Margo hace los últimos preparativos, ya se siente la partida. El auto está cargado. Maletas, cajas empolvadas y un par de trastes apilados en la guantera. Los cuartos se cierran con llave. Los libros viejos se guardan en el diván. Las cortinas cubren puertas y ventanas. El aroma a flores todavía persiste en los muebles, ahora cubiertos por una gruesa tela. Cual costumbre, la calma parece apoderarse de esas paredes de piedra. El silencio nuevamente reina en la casa. Y cómo no hacerlo, si es la única en la redonda.

Las nueve. El sol de la mañana se adentra en la habitación, de a pocos, por el pequeño ventanal. Doña Graciela no sabe qué hacer. Empaca cosas solo para volverlas a desempacar. Limpia una casa a la que no va a volver. Se fija en el huerto, aunque no haya nada que llevarse. Simplemente, no sabe en qué ocupar las manos. Prefiere quedarse junto a su cama, recordando. Lo intenta. Intenta recordar cuando la casa de piedra era tan solo una choza de madera y ella decidió mudarse junto a Mario. Recordar cuando empezaron a trabajar la tierra; trabajar con ahínco y, seguro, algo de esperanza. El sol, antes lejano, se volvió su contendor. Valió la pena. Si ahí, en ese campo maltrecho, construyeron un hogar.

El caso de Don Mario es distinto. Él no se lo pensó dos veces. Por eso está ahí, con el saco y el sombrero puestos, ajustándose los anteojos, con un pie fuera de la habitación. No sabía cómo decírselo a Graciela. Verla recta y confiada, armando otro cesto de mimbre y acercándose al huerto a ver si encontraba algunos tomates para la cena. Era inútil. Si ya nada crecía en esos campos amarillentos. Y ella no podía con la rutina. Lo veía en sus caderas maltrechas. Estaba cansada. Sudaba más de la cuenta y no podía pasar más de diez minutos sin volverse a sentar, exhausta. Ya nadie podía mantener la casa como antes, mucho menos el campo. Margo no necesitó convencerlo. Debían irse ya.

Las once y todavía ahí. Graciela ha pedido un último paseo por el campo, antes de subirse al auto. Margo acepta a regañadientes. Con calma, la doña deja la casa y avanza por el caminito de piedra. Llega hasta el roble. El árbol le da suficiente

sombra como para sentarse. Ahí reposa las caderas. Por una vez, puede respirar el aire fresco de la pradera. Se siente cómoda. En cincuenta años, jamás había sentido el ambiente así, tan puro y afable. Ambiente que, sin duda, aviva su espíritu. Cierra los ojos, a ver si escucha el sonido del campo. Al final, queda el silencio. Le es suficiente. No sabe que en pocas horas, llegará a la ciudad: lugar lejano y molesto; irremediable. No sabe que, junto a su Mario, se mudarán a un minúsculo apartamento en medio de una avenida, ruidosa y de cuidado. Allí compartirán sus últimos meses, extrañando el aire, la calma, estar junto al roble...

Graciela se queda tranquila, en el silencio. Entonces lo siente. Ese aroma delicado, dulce, inspirador. De repente, le brota una sonrisa. Conoce bien ese olor. No es solo eso lo que la hace sonreír. En su espalda siente una presencia extraña, cálida. Son dos robustas manos que, temblorosas, le acarician suavemente la piel. Don Mario ha venido a llevársela. Graciela abre los ojos. Lo sabe.

Cuidadosamente, se aparta del pasto; con bastante esfuerzo, se pone de pie. El camino de regreso le será más difícil. Igual será la despedida. Al menos, persiste esa expresión de placidez, contenida en su rostro. Todo por ese olorcillo. Y con la placidez viene la sorpresa, también presente en su mirada. Es que con el campo casi muerto, no deberían quedar jazmines libres por el campo.

Margo prueba el auto: está listo. Así aparecen los recuerdos. Crecer en aquella casa de piedra. Correr de niña, descalza, por la pradera cercana. Dejarse acariciar por el sol de la mañana y a veces, junto a un árbol, quedarse profundamente dormida. Sentirse bien al despertar. Ver a papá sentado en el pórtico, chupando un cigarrillo y pendiente de un vals que sonaba en la radio. Del exterior solo había la radio. Aunque lo mejor se encontraba allí: cobijarse con la chimenea, dormir bajo las estrellas, jugar bajo la lluvia, todas aquellas cosas de postal y recuerdo. Cosas buenas. En eso se queda Margo, pensando. Mamá y papá ya están en la parte trasera del auto. Se aferran el uno al otro, esperando lo que se viene. No miran atrás. Tiempo de partir. Margo arranca de una vez, acelerando de a pocos. Suspira. La casa y el campo se pierden en el retrovisor.